

SOBRE EL METODO DE LA METAFISICA

A propósito de una obra del P. André Marc (*)

Hace más de veinte años el P. Marc publicaba en Archives de Philosophie su tesis doctoral sobre «La idea de ser en Santo Tomás y la Escolástica posterior». Aunque obra de juventud, el insigne jesuita se revelaba ya entonces como un gran metafísico, plenamente convencido de la verdad del tomismo, cuyo eje central de esencia y existencia, relacionadas en el ser trascendental y análogo, daba tal eficacia al sistema de Santo Tomás que le permitía enfrentarse con ventaja a las modernas teorías filosóficas.

Conocida es la profunda impresión que aquel alarde de tomismo produjo principalmente entre los compañeros del P. Marc. Educado en las enseñanzas del gran maestro del moderno suarecianismo, que fué el P. Pedro Descoqs, la firme posición tomista del P. Marc no podía pasar desapercibida. Era entonces un gran escándalo y una verdadera revolución afirmar, desde las aulas francesas de la Compañía, que Cayetano y Silvestre de Ferrara eran los auténticos intérpretes del pensamiento de Santo Tomás y que Francisco Suárez estaba en perfecta consonancia con las corrientes abiertas por Escoto. Por otra parte, en el P. Marc constituía esa actitud, como él mismo ha manifestado, una liberación del suarismo, que había escuchado durante años en las enseñanzas de Descoqs.

Ahora, después de profundas reflexiones y de haber explorado todo aquel horizonte que desde la concepción tomista del ser había descubierto, nos ofrece el fruto de sus meditaciones metafísicas en la "*Dialectique de la affirmation*". Era un propósito entonces apuntado: «De momento no podemos realizar esta deducción metafísica en todas sus etapas... Para realizarla en toda su amplitud habría que abordar en detalle la Analogía, el Acto y la Potencia, la Teoría de los Primeros Principios y de los Predicamentos y comparar sobre todos estos puntos, en cuanto a la fuerza constructiva de sus sistemas,

(*) ANDRÉ MARC, S. J. : *Dialectique de l'affirmation. Essai de métaphysique réflexive*. L'Édition Universelle, Bruxelles. Desclée de Brouwer. Paris, 1952, 731 págs., 23 x 15 cms.

a Escoto, a Suárez y a Santo Tomás. Quizá podamos realizar este trabajo en otra ocasión». (*L'idée de l'être chez saint Thomas et dans la Scolastique postérieure*. Archives de Philosophie, vol X, cahier 1, pág. 129. Beauchesne, París, 1933).

Nos encontramos ante una obra excepcional, de un valor inapreciable para la filosofía escolástica y más aún para el Tomismo. Ya desde el principio nos percatamos de la hondura metafísica que se mantiene inalterable a través de sus 731 bien nutridas páginas.

La intención del P. Marc no puede ser más noble ni su obra más actual. Pretende filosofar o, mejor, hacer metafísica no como pudieran haberlo hecho los filósofos de otros tiempos, sino como un pensador que se da cuenta de los problemas de su época. No quiere ello decir que el P. Marc sea un partidario del relativismo filosófico ni del historicismo. Por el contrario, su actitud es la más eficaz para poder combatir ventajosamente toda suerte de relativismos. Colocado en la más pura tradición escolástica, tiene plena conciencia de ser un eslabón más dentro de esa cadena ininterrumpida, que justamente ha sido llamada la *philosophia perennis*.

La filosofía no se confunde con su historia, ni mucho menos con su pura circunstancia histórica. La verdad filosófica y metafísica está por encima del tiempo y de las circunstancias, ya que se nutre de las esencias inmutables de las cosas. Pero la filosofía no puede negar la historia, porque la verdad es inagotable y su conquista se da como fruto del esfuerzo heroico de las inteligencias de los hombres, que se suceden en el tiempo y que coexisten en los distintos lugares de la geografía terrestre. La generación espontánea de las filosofías y de los filósofos fué uno de los mitos del racionalismo, que hoy está completamente superado. La filosofía es la magna tarea de la inteligencia humana, continuada por el vínculo de la pervivencia histórica a través de los filósofos. De ahí que los mismos errores tengan también su misión en el quehacer filosófico. Santo Tomás tenía de ello plena conciencia y se sentía deudor aun de aquellos a quienes combatía; a lo menos eran ocasión de la verdad.

El P. Marc ya había seguido esta línea de conducta en su obra anterior: *Psychologie réflexive*, con la cual había comenzado la aplicación del moderno método dialéctico a las viejas cuestiones de la filosofía. «Imaginad—dice en el prólogo—a los sabios reunidos para un fructuoso intercambio intelectual: escuchad cómo y cada uno de ellos, a su vez, emite su opinión sobre los puntos que están en litigio y que el presidente de aquella asamblea saca luego de los debates las líneas esenciales de las cosas, tales como aparecen o deben aparecer en el seno de las divergencias y que en conclusión aporta la solución que parece lógicamente imponerse. Esta comparación puede dar una idea del método utilizado, que es el de una filosofía comparada».

Sin embargo, no se piense que la obra del P. Marc es una enumeración seca de ese diálogo o, mejor, discusión y polémica, que es la historia de los sistemas filosóficos. No se trata de historia sino de metafísica, que llama a asamblea a las diversas manifestaciones meta-

físicas de la historia para juzgarlas según el código de la razón humana. De esta manera el fallo judicial no puede ser prejuzgado ni por el número ni por otros factores ajenos a la metafísica, sino única y exclusivamente por la verdad. Ciertamente que una obra humana no puede prescindir de factores que desvirtúan en parte la intención del autor. Y la del P. Marc los tiene también, como hemos de comprobar. Pero ello no hace desmerecer la intención de un autor, que trata de consultar a sus compañeros de tarea para la elaboración de una obra que supone la mutua colaboración y el esfuerzo de todos. Y precisamente una de las dotes más características de la obra que nos ocupa es la de su inmenso trabajo y su pasmosa erudición. Esto supone una extraordinaria capacidad de asimilación. De aquí que no sean igualmente exactos los juicios sobre teorías y autores. Claro está que, tratándose de un autor religioso, familiarizado desde su iniciación filosófica en los grandes autores escolásticos, sus juicios sobre cuestiones y autores de la Escuela son de un valor indiscutible, aunque no siempre satisfagan las exigencias de sus más fervorosos partidarios.

El método

Seguramente que la mayor originalidad de este estudio de metafísica que reseñamos está en su método. Por eso quisiéramos detenernos en su exposición y emitir sobre él nuestra modesta opinión.

En la *Psychologie réflexive* había ensayado el P. Marc el *método reflexivo* con positivos resultados y con gran acogida por parte de la crítica filosófica. No era de extrañar. *El conocimiento y la voluntad y el espíritu*, que son los temas de los dos volúmenes publicados, se prestan a su tratamiento por medio de la reflexión. Más extraño parece que un método tal sea aplicado a una metafísica que haya de ocuparse del ente en cuanto ente. Parece que objetos distintos están pidiendo métodos también diferentes. Por otra parte, el método reflexivo ha sido el instrumento de la filosofía contemporánea, principalmente del espiritualismo francés, cuya insuficiencia reconoce el Padre Marc en las críticas de Lachelier, Hamelín, Lavelle, etc.

Pero, ¿en qué consiste el método reflexivo? Digámoslo con las mismas palabras del P. Marc: «Por *Método Reflexivo*, cuyo significado es más preciso técnicamente que el término *Reflexión*, entendemos aquí no el simple hecho de reflexionar sobre conceptos o meditar, sino el hecho de que el pensamiento se vuelva sobre sus propios actos, en cuanto que piensan la realidad, para captar así las leyes, tanto del pensamiento como de la realidad» (pág. 43). «La Psicología—prosigue el P. Marc—ha hecho este ensayo con fruto en el estudio del sujeto; queda por aplicarlo en *Metafísica* para enjuiciar las leyes del ente en cuanto tal». No se le oculta al autor la objeción que supone este paralelismo, y se pregunta por qué la metafísica, que examina el objeto en su ley más universal, ha de exigir el mismo procedimiento que la Psicología. El mismo contesta que así lo pide «la naturaleza de este objeto» y que sólo de este modo podemos profundizar en él.

Porque el objeto de la metafísica ¿no es lo inteligible en cuanto tal, en acto de inteligible? ¿Y dónde está en acto inteligible, dónde está intelectualizado en acto, sino en el acto mismo de la inteligencia? Desde el momento en que se da en este acto, considérese como su fuente o como su término objetivo, el sólo medio de aprehenderlo es instalarse en el corazón de esta actividad para allí abrazarse con él (43). Esto es posible, porque los conceptos metafísicos no son sensitivo-materiales, como los físicos y metafísicos, sino puramente intelectuales. Por ello la conclusión se impone: «El concepto metafísico está totalmente en la inteligencia objetiva y no puede darse más que en ella. No puede ser encontrado ni buscado en ninguna otra parte. Para descubrirlo no hay otro medio que el método reflexivo, que permite encontrar el nómeno allí donde está precisamente actualizado» (44). El peligro idealista de un subjetivismo cerrado queda suficientemente disipado, según Marc, por la carga de relatividad, de intencionalidad, que constituye la esencia misma de ese acto intelectual, «porque así distingue tanto cuanto une, y opone en la medida en que vincula». Es un acto objetivo en la inmanencia del pensamiento que permite que éste alcance el objeto exterior en acto de objeto, atrayéndolo a su interioridad por su propio verbo mental. Por ello «es preciso instalarse en este acto y permanecer en él, como en un puesto de observación único», para poder contemplar ese panorama privilegiado de la metafísica (46).

Por el método reflexivo, pues, la metafísica encuentra su soledad, su recogimiento, se retira de todas las cosas que pueden distraerla y, en un movimiento de introversión, se aposenta en la inteligencia, lugar de su nacimiento y de su desarrollo.

Tal es, en sustancia, el método reflexivo que Marc considera indispensable para el hábito metafísico.

Sin embargo, no hemos llegado con él más que al descubrimiento del ser; pero aún no hemos hecho la metafísica. Para que la metafísica se ponga en movimiento es necesario un impulso, un motor. Tal es el papel de la oposición. Mas no se piense que la oposición es algo independiente y ajeno al método reflexivo. Por el contrario, es consustancial con él. Porque es un hecho de constatación psicológica que toda reflexión comienza con una dificultad, con un pro y un contra, con una alternativa. Por otra parte, la dialéctica de la oposición no es exclusiva de la filosofía moderna; ya aparece en la Edad Media, en los Griegos y en Platón.

La oposición generadora del movimiento metafísico no es mera posición de unas ideas frente a otras; significa lucha de ideas. Para que originen el movimiento de la reflexión es necesario que estén en íntimo conflicto, por llevar en su entraña una contrariedad, antinomias, contrastes o antítesis.

Así se completa el método reflexivo, al que el P. Marc confía la elaboración de la metafísica. Por la reflexión va a descubrir el ser como principio y germen de toda la construcción científica metafísica; pero un principio y germen que está en íntimo conflicto y oposición,

por lo que se hace posible el avance y desarrollo orgánico y homogéneo de la especulación metafísica. Por ello, toda la metafísica está contenida en la primera aprehensión del ente en cuanto tal, sólo que en estado embrionario. De aquí los dos momentos fundamentales de la obra del P. Marc, determinados el uno por la reflexión y el otro por la oposición. En el primero se trata de identificar el principio del que todo depende, descubriendo así el objeto de la metafísica; en el segundo, la deducción hará aparecer las consecuencias, que la oposición va alumbrando en la intimidad del ser.

Aquí está, a nuestro parecer, la innovación del P. Marc, y por ello el mérito más original de su obra. Por lo demás, y aun siendo colosal y perfectamente lograda en sus líneas generales, su construcción científica no difiere en su contenido de los clásicos tratados escolásticos de metafísica. El interés se mantiene siempre elevado, ya que en cada uno de los temas no se abandona el diálogo con los pensadores extraños al tomismo.

La obra se divide en tres libros. Estudia el primero el ente y sus propiedades trascendentales. En el segundo se trata de las divisiones del ser, y el tercero es un tratado espléndido de las categorías.

En el estudio del ente Marc recoge las líneas generales de su tesis doctoral, examinando las concepciones del ser en Santo Tomás, los escolásticos posteriores—Scoto y Suárez, Cayetano y Silvestre de Ferrara—para oponer la concepción tomista de Cayetano y el Ferrarriense a las modernas ideologías sobre el ser y su sentido. De igual modo, en todas las grandes tesis de discusión dentro de la Escuela, Marc se alista entre los defensores de la doctrina del tomismo. Así, en el sentido de la analogía, en las relaciones entre el acto y la potencia y solución a la antinomia del movimiento, en la real distinción de esencia y existencia en las cosas creadas, en la materia como principio de individuación, en el constitutivo formal de la personalidad, prefiriendo la orientación de Cayetano a la de Capreolo y Billot, etc. Pero todo ello expresado en un lenguaje movido y lleno de referencias a los filósofos modernos, entre los que resaltan Hamelín, Lavelle, Marcel y La Senne.

* * *

En medio de tantos aciertos y ante una construcción tan espléndidamente metafísica, parece que no podríamos menos de aplaudir y adherirnos sin ninguna clase de reservas a este esfuerzo colosal de uno de los tomistas contemporáneos más eruditos y mejor conocedores de las modernas corrientes filosóficas. Y sin embargo son muchas las reservas que en puntos particulares y de detalle tendríamos que oponer, como no puede por menos suceder en una obra de tan bastas perspectivas.

En primer lugar, su mismo estilo literario se hace corrientemente tan difuso que se pierde el hilo fundamental del discurso.

Por otra parte, resulta algo chocante una mezcla continua de filósofos tan heterogéneos, en la que no se sabe si es Santo Tomás o Kant, Lavelle, Hamelín y Lachelier quien dirige la línea de la especu-

lación metafísica. Creemos que ganaría mucho en claridad si se expusiera en primer término la doctrina segura de Santo Tomás y luego se ilustrara o comparara con las perspectivas de los filósofos modernos.

Además extraña en una obra de la envergadura de la del Padre Marc ausencias literarias notabilísimas. Que un francés no quiera enterarse de que en España, en Hispanoamérica y en Italia se escriba mucho y bueno de Filosofía, ya no nos choca, pues estamos muy acostumbrados a ello. Pero lo extraño es que Marc tampoco cite apenas ni un autor de habla inglesa, y fuera de Heidegger no se ven autores alemanes contemporáneos. Lo que no deja de ser una laguna notable, sin la cual seguramente se habrían modificado algunas apreciaciones, aun en la interpretación de Santo Tomás.

Pero lo que a nuestro parecer no puede admitirse en modo alguno, es el método reflexivo tal cual nos lo ha explicado el P. Marc para la fundamentación de la metafísica. Mucho menos de la metafísica tomista.

La preocupación metodológica ha sido siempre un signo de los grandes metafísicos. Sobre todo a partir del *Discurso del Método* con que Descartes inaugura la filosofía de los tiempos modernos, parece indispensable que cada filósofo se plantee el problema metodológico de su filosofía. Después de Kant ya no se puede escribir metafísica sin antes pronunciarse por uno de los métodos clásicos o inventar otro nuevo.

El error kantiano de la unicidad de método para todo el conocimiento intelectual humano parece ser una de las tentaciones más corrientes y peligrosas de la filosofía moderna y contemporánea. No sólo entre filósofos extraños a la Escuela, como Husserl, Bergson y Heidegger, por ejemplo, sino entre muchos escolásticos que no han logrado superar la concepción wolfiana de la filosofía, consagrada después por Kant, y conciben la metafísica como el gran género, bajo cuya universalidad se darían, como especies distintas de metafísica, la Teodicea, Psicología y Cosmología racionales.

Marc no se ve libre de esta confusión wolfiana: «en el curso de los tiempos la Metafísica General, o ciencia del ser como tal, se ha ramificado en metafísicas especiales, en cuanto que exige o concibe como posible la existencia de algunos seres, y a partir de las leyes del ser determina su naturaleza. De aquí nace la Psicología Racional, la Cosmología Racional, la Teoría de los Angeles o Espíritus puros, la Teología Racional o Teodicea». Desde este punto de vista, la Psicología deberá, pues, verificar y confirmar las conclusiones establecidas precedentemente en Psicología (pág. 30).

Por ello no es de extrañar que Marc abogue en Metafísica por el método que tan excelentes resultados le ha dado en Psicología. Estamos plenamente de acuerdo con el áureo principio de que «un saber no tiene originalidad verdadera si, al mismo tiempo que un objeto, no tiene también un método especial». Y es muy cierto que «los metafísicos de la Edad Media se plantearon el problema y le dieron su solución», como lo atestigua, entre otros, el Comentario de Santo

Tomás a Boecio en su escrito sobre la Trinidad (pág. 39). Pero lo que ya no es tan cierto es que los escolásticos del siglo XIII, concretamente Santo Tomás, admitieran un método único y uniforme en Filosofía y que colocaran a la Metafísica en el mismo nivel de la Psicología o Cosmología Racionales. Estas dos disciplinas forman parte de la *Physica* escolástica, cuyo objeto—el ente móvil—es aprehendido desde el primer grado de abstracción. Como escribe Santo Tomás, «la idea de hombre abstrae de estas carnes y de estos huesos, que no pertenecen a su esencia específica, mas son partes de los individuos... Pero la idea de hombre no puede abstraer de las carnes y de los huesos, que forman parte de la esencia específica humana». Es decir, que «el entendimiento abstrae la idea de la cosa natural (objeto de la Filosofía natural) de la materia individual sensible, mas no de la materia sensible común». (I, 85, 1; cfr. *In Boet de Trinit.* q. 5, a. 3).

Según esto, es inaceptable la homogeneidad metódica de la Metafísica con la Psicología Racional, aun dando como bueno el método de Marc para la Psicología, que no todos los tomistas aceptan sin discusión. Pecan, dice Santo Tomás, los que intentan proceder con método uniforme en las tres partes de la ciencia especulativa (*In Boet. de Trinitate*, q. 6, a. 2). La naturaleza del objeto, en contra del pensar de Marc (pág. 43), está exigiendo la diversidad de métodos.

Concedamos que el objeto de la Metafísica es «lo inteligible en cuanto tal, en acto de inteligible» (pág. 43). Supongamos también que lo inteligible en acto se da en el acto mismo de la inteligencia. ¿Quiere ello decir que hayamos de colocarnos en el mismo acto de intelección para estudiar desde dentro el objeto inteligible? Pero entonces, ¿cómo salir a la realidad extramental, a la cosa en sí, aspiración suprema de la Metafísica? ¿No estamos nuevamente ante el subjetivismo cartesiano?

Por otra parte, no puede darse un objeto científico que no sea en algún modo inmaterial y necesario y, por consiguiente, inteligible. ¿Habrá que concluir entonces que el método reflexivo es el método universal científico? No es el acto en sí mismo, ni es la facultad en sí lo que en nuestro proceso noético determina el objeto científico, sino al revés, el objeto, para nosotros, es el determinante noético de los actos y de las facultades. Es a partir de los objetos como nosotros descubrimos los actos y las facultades por ellos especificadas. Por consiguiente, instalarnos en el acto de la inteligencia para desde allí ir descubriendo todas sus ramificaciones y consecuencias sin antes habernos familiarizado con éstas, es condenarnos a una construcción panorámica sin perspectivas objetivas y de realidad. Mi acto de pensar está determinado por aquello que pienso. Antes, pues, tengo que examinar el objeto pensado. Ahora bien, el objeto del hábito metafísico, el ente en cuanto ente o, como dice Marc, lo inteligible como tal en acto de inteligible, es el término de un acto directo con el cual me encuentro, antes de toda reflexión, sobre mis actos metafísicos. Lo urgente es describir mi encuentro con ese inteligible, que me aparece no como creación de mi conciencia, ni como a ella inherente por

naturaleza, sino como el fruto de un proceso cognoscitivo a partir de la realidad aprehendida en la experiencia de los sentidos. Entonces descubrimos que ese inteligible en acto de inteligible lo ha hecho tal la inteligencia no por un *a priori* sin justificación, ni por una ley ineludible de su propia estructura ontológica, sino por el fundamento objetivo que le ha proporcionado la misma realidad en su ser propio. La realidad en sí está cargada de inteligibilidad. Y si nuestra condición de inteligencias encarnadas nos impone la labor abstractiva para llegar a la aprehensión de esa inteligibilidad de las cosas, ello indica nuestra imperfección mental y la dependencia objetiva de nuestra inteligencia en relación con los sentidos. La inteligencia humana aprehende lo inteligible en lo sensible. Sólo después, y a través o por analogía con este inteligible, se va abriendo el horizonte del conocimiento humano a las regiones del ente en cuanto tal. Por lo tanto, el método metafísico, lejos de comenzar en el acto intelectual, tiene que partir, como de fuente primordial, de las cosas dadas en el sentido para trascender en seguida el mundo sensible y llegar finalmente a la pura trascendencia del Ser Subsistente. Solamente así llegaremos, en nuestra situación actual, a poder pensar seres independientes de la materia según su ser y según su noción. Tal es la condición necesaria de nuestra metafísica humana si no queremos condenarla a una mera combinación de conceptos al modo de todos los modernos idealismos. Maritain ha escrito profundamente que «un metafísico privado de los sentidos o de aquello a que los sentidos están ligados, un metafísico dormido, un metafísico que sueña, es una imposibilidad absoluta para Santo Tomás, un monstruo, un absurdo. No solamente porque las ideas vienen de los sentidos, sino porque los sentidos... son indispensables a la ciencia, y a la ciencia más elevada, la más separada e inmaterial, para volver sobre la existencia actual que ella no puede ignorar ni descuidar; es una existencia corruptible: ella no la alcanza más que indirectamente, saliendo de su esfera propia y por el ministerio de los sentidos». *Siete lecciones sobre el ser*. Y Santo Tomás, en la cumbre de la especulación metafísica, hablando del conocimiento de Dios apela constantemente al gran principio del realismo, que le permite llegar al Dios existente y real y evitar el Dios ideal del argumento ontológico: «Nuestro conocimiento natural tiene su principio en los sentidos. Por ello, tanto puede extenderse nuestra ciencia natural acerca de Dios, cuanto pueda ser conducida (*manuduci*) por las cosas sensibles». (I, 12, 12). Que es la confirmación de lo que antes había escrito: «Porque el principio de nuestro conocimiento es el sentido, es necesario resolver en el sentido todo aquello que conocemos; por eso dice el filósofo que el complemento del arte y la naturaleza es la cosa sensible visible, según la cual hemos de juzgar de todas las demás. (*De Verit.* 2, 12, a. 3, ad 2. Cfr. *In Met. Arist.* lib. II, lect. 1, n. 285).

FR. ALEJANDRO DEL CURA, O. P.